

Zitiervorschlag: Joseph Álvarez y Valladares [José Clavijo y Faxardo] (Hrsg.): "Pensamiento V", in: *El Pensador*, Vol.1\05 (1762-1763), S. 3-29, ediert in: Ertler, Klaus-Dieter (Hrsg.): Die "Spectators" im internationalen Kontext. Digitale Edition, Graz 2011-2019, hdl.handle.net/11471/513.20.268

Pensamiento V

Prometi continuar en esta semana el asunto de Cortejos, y cumplo mi palabra. Prosigo, pues, la ficcion, y vuelvo á tomar el hilo de la conversacion con mi Amigo.

No es en los Theatros (decia) donde mas brillan los Cortejos. En las Tertulias, y visitas tienen puesta la silla de su imperio, y en ellas se manifiesta todo su poder. Aquí cerca tenemos la casa de * * * * *. Demosle la preferencia por estar tan proxima, y entremos à proseguir el examen.

A fé mia que Vm. es raro. Yà empieza à resentirse porque ha sido recibido con frialdad. ¿Qué Philosopho hace caso de semejantes bagatelas? Es verdad que el merito de Vm., aun sin la circunstancia de forastero, es acreedor à otras muestras de agasajo de parte de esta Dama; pero tambien es cosa fuerte que haya de quebrantar por Vm. y por su linda cara el artículo mas recomendado, è inviolable de su ceremonial. Vm. havrà visto en sus viages otras Tertulias, en que las mas finas atenciones están dedicadas à todos los concurrentes en comun, y con singularidad à los nuevos, y à los Estrangeros. Tertulias en fin, en que los dueños de las casas estudian el humor, y el genio de sus Tertulianos para hacer lucir sus talentos. El ceremonial, que aqui se observa, formado desde que los Godos vinieron à España, es todo contrario à esta práctica, y nada recomienda tanto, como el ayre contenido, y aun desdeñoso de parte de las Damas en las primeras visitas. Es verdad que las Damas (hablo de algunas, no nos olvidemos de lo prevenido) suelen pagar despues con usura todo el orgullo, que manifiestan à los principios; pero tambien es cierto, que hay personas tan escrupulosas, y delicadas, que desearian mas bien verlas un semblante afable desde luego, sin artificio, y sin dejar esperanzas fundadas sobre el tiempo, y el trato, que un ayre intempestivamente fiero, y desdeñoso en los principios, para dejar ganar despues demasiado terreno.

Créo que no es preciso advertir à Vm. que aquella Dama, y aquel Caballero, que, separados de toda la compañía, se han sentado al extremo del estrado, son Cortejos. Apostaré qualquiera cosa que Vm. los havia conocido. Yà no hay que hacer caso de aquellas gentes. Darán las doce de la noche, y aún estarán en el mismo sitio. Vm. los verá reir, hacer gestos, y conversar allà en secreto; pero no llegará el caso de oírlos hablar à persona alguna. La Señora Cortejo, que es la Ama de la casa, parece combida à los concurrentes para hacer sus habilidades en público. Por lo demàs, Vm. y todos los de la Tertulia podrian estarse aqui toda la semana, sin que esta mi Señora, mientras durasse el bloquéo de su Cortejo, les hiciesse ni aun aquellas preguntas usuales, y corrientes entre las personas pobres de espiritu, como son: què tiempo hace: cómo están las calles: què se dice de nuevo, &c. Y advierta Vm. que esta práctica no es solo propria de las Damas Cortejos: con las demás sucede regularmente lo mismo. Asseguro à Vm. que tiemblo quando tengo que hacer la primera, ò segunda visita à una Dama. Si està sola, lo cuento por fortuna, porque, en fin, la passion dominante de hablar, y la precision de haver de hablar conmigo, me son favorables; pero si la hallo acompañada de sus Amigos, ài son los trabajos, porque entabla la conversacion de sus conocidos, y de sus visitas, y, à falta de material en estos asuntos, toma el inagotable de sus criadas, y criados, materias todas para mì muy forasteras, y que me obligan à guardar una hora de profundo silencio. Despidome por precision, ò por enfado, y luego entra lo mas tierno, y lo mas chistoso, pues la Señora mia queda diciendo: ¡Jesus! ¿Qué hombre tan socarròn, y tan macizo! El pobrecito no trahia palabras hechas. Si no huviera dado los buenos días, no supieramos quál era el metal de su voz: con otras impertinencias semejantes, como si huviesse Ley del Reyno, que me obligasse à tener conocimiento de los asuntos frivolos de sus conversaciones, ò à entrar mi quarto à espadas en materias, que no entiendo.

Pareceme, que quedò Vm. sorprendido al oírme decir, que estaría aqui el Cortejo hasta las doce de la noche: pues no hay que admirarse. Yo lo propuse como hypotesi, pero es la realidad; y para que Vm. se convenza, oygame la vida, y ocupaciones de un Cortejo. Levantase éste ordinariamente temprano. Su primer cuidado es

saber si ha venido el Barbero. El Peluquero debe seguir sin interrupcion: esto yá se sabe. Toma chocolate en su casa, ò lo vâ à tomar con su Cortejo. Lo ultimo es mas meritorio. Vistese al instante, y se encamina à la casa de la Dama. La Señora suele estàr aún en la cama; pero no importa: para el Cortejo todas las puertas estàn abiertas. La conversacion de la Alcoba no es comunmente muy escasa. Lo que alli passa en este tiempo no lo sè. Mi malicia tiene ciertos limites, que le han prescrito la Religion, la razon, y la modestia, y no los excederè por motivo alguno; y à mas de esto, si he de decir las cosas como las entiendo, no créo que las Damas se olviden de su virtud de modo, que lleven el atentado tan al cabo, como parece prometer su conducta, ni que se abandonen à los excessos, que hacen gemir al pudor.

Vistese Madama, (no sè si le sirve de Ayuda de Camara el Cortejo) y passa al Tocador. Alli sî que es precisa, è infalible su concurrencia. De lo contrario no se peynaría mi Señora. ¡Pobre Peluquero, si por ignorancia, ò por descuido deja un cabello, que no està sujeto à las mas escrupulosas reglas del arte: si aunque sea muy escaso el pelo, no forma una trenza ancha, y rica, que baje à cubrir el cuello: si pone muchos, ò pocos polvos: si la piocha no queda colocada con mucha gracia; y si las flores no hacen una simetría ayrosa, y nueva! El Señor Cortejo, que por obligacion debe mostrar en estas cosas un gusto fino, y delicado, es Fiscal implacable del menor descuido. El sabe muy bien los bucles que sacò en el peynado el dia antecedente la Petimetra mas acreditada: ácia què lado, y à cuántos grados del Polo llevaba inclinada la piocha: el ancho del collar: el tamaño, y peso de los pendientes: la altura de la cotilla, con todas las demás proporciones: el sesgo de los buelos: el ancho del escote: los alfileres, que deben concurrir à afianzar la respetuosa, &c. &c. &c. Y sobre estas dignas memorias se forma Consejo de Tocador, en que el Señor Cortejo tiene voto decisivo, à favor siempre de Madama, repartiendo en su obsequio una docena de insolencias al Peluquero, y pocas mas, ò menos à la doncella, que la sirve.

Vistese la Señora, y empieza otra nueva Comedia con el Sastre. Es un bruto, sin habilidad, y sin discernimiento. No, no hay remedio: la bata está echada à perder, y no tiene compostura. El plomo de una de las mangas pesa cerca de un escrupulo mas que el de la otra. La cola havia de tener una linea mas de largo; y el un lado de la guarnicion tiene muchas mas puntadas que el otro. Sobre esto llora, rabia, y patèa Madama. El Sastre quiere dár sus disculpas, y el Cortejo le promete arrojarlo por un balcon, si no calla.

Acabase esta gresca, y empieza la de las visitas; pero el Cortejo no dexa el campo. Sabe muy bien, que entre los Opositores à la Catedra hay algunos que tienen futura de Cortejos, y este conocimiento lo tiene siempre en accion, para que no llegue el caso de verse abandonado. Yá acompañando à la visita, ò yâ en conversacion reservada con Madama (que es lo mas frequente) se passa la mañana. Suenan las dos de la tarde: retirase el Cortejo à comer à su casa, ò come con la Señora. Si sucede lo segundo, (que tambien es frequente) se despide à los criados acabada la comida: passan al gabinete los Señores Cortejos: cierranse puertas, y ventanas, (porque en fin, no todos se acomodan à dormir con luz) y se recogen à reposar en un mismo canapè la comida. Yo dijera, que no creia cosa mala en esta práctica, si mi ánimo fuesse mentir, y apadrinar las dissoluciones de los Cortejos; pero soy amante de la verdad. Sî: hay mucho, hay muchissimo mal en esta confianza; y quando no huviesse otro que el de la nota, ¿puede jamás ésta estàr de acuerdo con la decencia, y el pudor? Hablemos claro: la dignidad, la modestia, y aquella delicada honestidad, que caracterizaron à nuestras Españolas, naufragaron con las calzas atacadas, la espada, la golilla, y la balona. Se adoptan las costumbres estrangeras, que abren el campo à la libertad, sin reflexionar, que no son iguales las complexionas, y que para unas suele ser bueno, ò indiferente, lo que es nocivo para otras.

Si come en su casa el Señor Cortejo, buelve à la estacada al instante que se levanta de la mesa, recogiendo de passo algunas novedades para murmurar con nueva salsa. Parece que el Cortejo es la sombra de la Dama; y yo no he podido jamás entender cómo las mugeres pueden acostumbrarse à tener continuamente à su lado una espia de sus acciones. La tarde se passa en la Comedia, ò el Paseo. En ambas partes es el Cortejo un ente necessario; y de tal modo, que una Señora, que está acostumbrada à tener Cortejo, tendria por el mayor desayre presentarse en qualquiera de los dos destinos sin su Concurrente. El fin de estas diversiones es retirarse à casa, ò ir à visitar à una amiga: la conducta es igual en ambas partes, y solo hay la corta diferencia de enfadar, y escandalizar en esta, ò en aquella casa. De qualquier modo que sea, no crea Vm. se retire el Señor Cortejo hasta passada la media noche: y véa Vm. en resumen la vida, y las gloriosas expediciones de esta epidemia universal.

Ocurreme una cosa bastante essencial en el assunto que tratamos: vaya ahora, porque no se me olvide. Hay ciertas mañanas que la Señora dedica para recibir à solo su Cortejo; à todos los demás se niega la entrada, con pretexto de una jaqueca, ò de haver passado mal la noche, y quando no, con la expression de que Madama no

está visible; pero tambien hay algunos criados zurdos, que por ignorancia, por imbecilidad, ò por bellaqueria, hacen todo lo contrario, embocandole todas las visitas, y negando la entrada al Cortejo. Tengo noticia de uno de estos acontecimientos, cuyas consecuencias fueron muy gratificadas. Passaré en silencio las circunstancias, porque pudieran conocerse los sugetos. Quedese en los terminos de la generalidad, pues hay muchos vestidos de la propria tela, y puede decirse con razon:

Mil Diablos he visto yo
Que tienen la misma cara.

Dije à Vm. de passo, que solian tener futuras los Cortejos: no lo tenga Vm. por chanza: yo extrañè esto en los principios; pero à poca reflexion ví en este proceder un golpe finissimo de la politica de las Damas. Por este medio se aseguran las atenciones, y finezas de sus Cortejos. Si ellos se imaginassen pacificos poseedores, todo su ardor, sus mimos, y sus complacencias se desvanecerían en breve tiempo: este diantre de futuras los inquieta, y los empeña à procurar por todos medios su conservacion: saben muy bien, que sus émulos no pierden instante, y que à la Dama le importa poco que sea este, ò aquel, como logre la satisfaccion de tener Cortejo.

Yá esta Tertulia no nos ofrecerá novedad particular: despidamonos. No lejos de aqui vive una Señora, à quien hà tiempo que no visito: es Cortejo de profession, y en su casa suele esta secta tener sus assambléas. ¡Què milagro! La Señora de la casa está sola, quiero decir, sin su Cortejo: yá no me admiro de su mal humor: sin duda que el Cortejo ha tenido gravissima ocupacion, pues no está à cumplir con su deber; y à fé que le pronostico desde ahora un reynado de corta duracion. No hay disculpa que baste para estas faltas. En fin, acerquese Vm. à esta Dama, y hagala un poco su corte: yo sè que el verse tan bien acompañada, quando venga el Señor mio la dará un ayre de vanidad, y de satisfaccion, y desde luego procurará que Vm. sirva de coco Pero Vm. se buelve pronto, y nada satisfecho al parecer. No es dificil adivinar el motivo. Falto de assunto, y sin saber què hablar con esta Dama, Vm. ha empezado por las generales de la ley, alabandole, sin duda, sus bellos ojos, discrecion, hermosura, y gracias, y haciendole protestaciones de su rendimiento. Ella ha embiado à Vm. en hora mala, y Vm. se ha retirado sentido. Yo tengo la culpa, porque debia haver anticipado á Vm. un aviso; pero vaya ahora, y sirva para en adelante. No crea Vm. que le ha parecido mal à esta Dama lo que Vm. la ha dicho. Bien que fea, y necia, ella se supone ciertas perfecciones imaginarias, que la hacen estar contenta de si misma. ¿Pues què pudo ofender à esta mi Señora Doña Delicada, Doña Cortejo, ò Doña Monstruo? ¿Què? El modo con que Vm. lo ha dicho. Vm. ha ensartado su oracion en tono claro, de modo, que todos lo estabamos oyendo. Faltò el secreto, y el mysterio, que son el alma, y la essencia de estas cosas; y à fé que ha salido Vm. muy bien librado, pues no sería el primero, à quien el decir en público *está Vm. hermosa*, le ha valido una limpissima, y pesadissima bofetada. Con haver tomado, como por curiosidad, el abanico, y hecho la harenga à la sombra de éste, huviera Vm. visto efectos muy diferentes. Señor, (huviera dicho la Dama) Vm. me favorece: por cierto que tiene Vm. muy mal gusto: Vm. lo pone todo de su casa. ¿Yo hermosa? ¡Jesus! No diga Vm. eso, que es correrme; con otras tonterias, y sandeces, que suelen tener de repuesto estas Señoras, para dár à entender, que no convierten en substancia las alabanzas, fingiendo una humildad, y proprio conocimiento que no tienen, y como queriendo desengañar, à quien seguramente no lo necessita.

Yá con este aviso puede Vm. aprovechar la ocasion, que se presenta. Esta Señorita, que está à mi derecha, y que vè Vm. tan contenta, y risueña, parece que está reñida con su Cortejo, que es esse Caballero, en quien se nota tanta inquietud. El dice que padece dolor de cabeza; pero es ficcion. Los dos sexos tienen sus males de socorro, para echar mano de ellos en las ocasiones. Note Vm. la agitacion, que muestra: se sienta, se levanta, suspira, quiere hablar, y parece que no halla voces. Está capáz de entristecer à la compañía mas alegre. Sin embargo, su pretendida indisposicion sirve de pretexto al humor, que lo domina, y lejos de hacerle despreciable, como merecia su ridiculèz, está agotando la lastima, y la compassion de todos los concurrentes. Quando entramos aqui parecia, que entre èl, y su cortejada havia la mejor harmonía del mundo. Descuidòse un poco. Huvo, de parte de la Dama, un pequeño eclipse, que no havia pronosticado el Piscator de Salamanca. Pusose à hablar con aquel Oficialito, que ahora juega, haciendoles sombra en lugar de la tierra, ò la Luna el abanico. El Señor Oficial es de los que tienen futura de Cortejos, y vèa Vm. descifrado el enigma. En fin, Vm. no quiere acercarse à la Dama por no passar plaza de Cortejo: hace muy bien, pues no es apetecible el emplèo.

Yá vè Vm. que aquella Señora de la bata azul, que está en el rincon de la sala, no ha cessado de hablar con su Cortejo desde que llegamos; pero no sabe quièn es el Caballero, que se ha acercado à hablarla, y à quien ha hecho el gracioso acogimiento de decirle: *Pues ¿y qué buscas aqui? Es cierto que no podriamos estàr sin tu vista. Mira si te mudas à otra parte, y nos haràs un gran favor*, despidiendolo con otras semejantes sequedades. Pues éste es el Marido de aquella Dama. ¡El Marido! ¿Puede ser esto? ¿Hay en el Mundo muger que tenga semejante ossadía, ni Marido tan insensato, è incapáz que la sufra? Vm. se admira de poco. La fortuna de este buen hombre será que su Muger no riña con el Cortejo. Si esto sucede, se verá precisado à ir èl mismo à buscarlo, y rogarle una, y mil veces, que venga à su casa, para que Madama estè contenta, y tener algun rato de paz, y serenidad. Unas veces se acomoda à esto el buen genio, otras obliga el miedo.

Amigo mio: yá Vm. estará cansado de Cortejos, y yo tambien lo estoy. He hecho vèr algunas de las monstruosidades, que ocasionan en la sociedad. Otras hay mas de bulto, por lo mismo es difìcil trasladar al papel su fealdad. Lo que practìcan los Cortejos en las Iglesias, será para otra ocasion, que no dejará de presentarse. Los hombres, que en el siglo, en que nos hallamos, parecia razon abriessen los ojos, procurando cultivar sus espìritus para ser utiles à sì mismos, y à su Patria, se entregan con todo su corazon à cortejar; esto es, à no contentarse con ser malos, y viciosos, si no hay publicidad, y escandalo: assi están ociosas las Imprentas, y los libros comidos de polilla. Por lo que mira à las Damas, ¿què ha de hacer la joven, que mira à una anciana con su Cortejo al margen, sino poner Vandera de recluta, y alistar todos quantos pueda? Assi se fomenta, se estiende, y cria raices el mal. Empieza por imitacion, y finaliza no pocas veces en dolor, amargura, deshonor, y lagrimas. Quedo de Vm. &c.

P.D.

He tenido largas noticias de algunas Damas, à quienes desagradò mi Pensamiento antecedente, sobre Cortejos, y sè que con este motivo han llovido à cantaros sobre mì, pullas, dicterios, latigazos, y quemazones. Lluevan en hora buena, y allà me las dèn todas. Gracias à mi cachaza, ni me han removido la colera, ni me han encrespado la irascible. Como, y duermo, que es un regalo; y la enmienda es disponerme à merecer nuevas injurias, y nuevo baquetò. En llevando la razon de mi parte, assi pudiera desgajarse un diluvio de satyras, de furores, y de pestes, nada me immuta, nada me dá miedo.

Aqui vengan à embestirme
doscientas mil quemazones,
que sin mover los talones
las esperarè à piè firme.

¿Pero por què no callo? (me dirán) ¿Por què quiero malquistarme con las Damas? ¿Quièn me mete à desfacer entuertos, ni à reformador de vicios, y abusos? Y finalmente, ¿què diantre me pica, y me carcome, para que no me mantenga hecho un estafermo, un pasmarota, y un badèa à vista de los males de la sociedad? Yo no lo sè. Esto serìa sin duda lo mas cuerdo, y lo mas ventajoso para mis papelones, que, como solo tratassen de frioleras, historietas, y seguidillas, andarian sobre las palmas de las manos, y poblarian los Tocadores, y los Estrados; pero, Señoras, yo estimo à Vms. demasiado, para vér con tranquilidad sus puerilidades, sus malicias, y sus extravagancias; y son tales, y tantas las cosquillas, que siento, quando descubro alguna ridiculèz, que no havia observado, que serìa cosa de reventar, si no la pusiesse luego en solfa para sacarla à la verguenza, y vèr si por este medio se logra corregirla. Vms. se harán cargo de que esto debe de consistir en algun humor maligno, picante, y melancolico, que me domina, y en tal caso, ¿què culpa puedo yo tener de mi constitucion? A mas de esto, si el negocio se huviesse de componer à preguntas, y respuestas, tambien tendria yo derecho de preguntar, y de decir à Vms. Señoras: si tan mal les sienta mi critica, ¿por què no me dán el terrible chasco de corregirse, y de dejarme con dos palmos de nariz, sin tener que criticar en su proceder? ¡O! Esto de corregirse es difìcil. ¿Es difìcil? Pues aun lo es mucho mas, que yo calle mientras Vms. me subministren materiales para escribir. Miren, Señoras: el único medio de imponerme silencio es mudar de conducta, y no tienen que buscar otro, porque será en vano. Tratemonos, está muy bien, y es muy justo; pero que sea con decencia, y con decoro, sin notas, que nos desacrediten, y hagan vil, y despreciable la sociedad. Dejemos esta bellaquería de Cortejos. Afuera familiaridades: afuera secreticos, y llanezas públicas; y afuera acciones vergonzosas, que afrentan al pudor, y à la racionalidad. Si esto sucede, me verán Vms. convertido en otro hombre; y mi pluma, lejos de derramar hiel, y vinagre en la satyra, agotará à favor de la correccion los

elogios, y los aplausos. Pero si no quieren Vms. ser dociles: si se mantienen con tenacidad en possession de sus simplezas: si no se extingue, y aniquila hasta el nombre de Cortejos, por vida del Pensador, que nos han de oír los mismos sordos. Vms. procurarán anegarme en apodos, y dicterios. ¿Y yo pajas? No por cierto. Lloveràn satyras sin misericordia. ¿Pero què satyras? Satyras, que las sonrojen, y averguencen: satyras Basta. Ello dirá.